

Soy todos los hombres que olvidan

Aparté la vista de su cúpula y supe, entonces, que estaba perdido. Miré alrededor. Las agonizantes luces del crepúsculo acariciaban las superficies, alargando las sombras de aquella ciudad de ultratumba. Retorcidos árboles de magros troncos y ramas huérfanas de hojas se levantaban en las avenidas formadas por columnas de nichos que se proyectaban desde una cripta de héroes, al centro. También polvorienta, también gris, aunque menos convulsa, una réplica a escala de la ciudad afuera, de habitantes quietos y silenciosos, asustados, el lugar el que llega a morir el breve ruido que emerge de un silencio eterno. Tenía sed. Avancé con lentitud por el lugar, como adormecido. Llamé con voz seca a mi mujer, a mis niñas. No hubo respuesta.

Bastó la primera desaparición para descubrir lo sobrenatural del espacio en que me hallé. Lo primero que se perdió fue mi entendimiento de por qué estaba yo allí. Por qué, me pregunté. Mis ojos y mi garganta ardían un llanto que no podía recordar. Ahora, gozaba de la paz del olvido. Ahora, con la desaparición de la razón de mi presencia allí, sentía alivio. Lo habría dado todo por ese alivio y, visto bien, lo di.

Fuera de ello, lo primero que desaparecieron fueron cosas chicas, que no noté al comienzo, y que difícilmente extrañé hasta que fue tarde: el reloj de mi padre y de mi abuelo antes de él; los recuerdos de mi familia en mi billetera, fotografías diminutas, envoltorios de golosinas, notitas y recordatorios caducos; mi documento de identidad. Luego, las desapariciones se hicieron más grandes: flores de las vasijas, lápidas avejentadas, estatuas, marmóreas figuras de ira y dolor. Luego, desaparecieron cosas sutiles, importantes, sí, pero que resulta que no usamos todos los días, de suerte que nos damos cuenta solo cuando de verdad hacen falta: la vergüenza, la verdad, lo moral.

Avancé buscando en los intersticios de las columnas de nichos a alguien que pudiera darme razón de dónde estaba, de por qué había llegado allí, o que al menos compartiese mi asombro, mi terror por lo que iba desapareciendo. Miraba en una y otra dirección, temeroso, estrujando con manos nerviosas mi periódico de ese día, buscando alguna otra alma. Nadie.

De pronto, las desapariciones se hicieron más patentes, sobre objetos tangibles cuya ausencia descompuso el mundo en que me encontraba. De aquel género de desapariciones, la primera fue la del arrebol que había parido el crepúsculo, y que dio paso a una blancura infinita, lechosa y espesa, con progresivas máculas de gris, fondo remanente luego de las siguientes desapariciones. Un lienzo vacío y cada vez más turbio en el que solo queda-

ba esbozada la arquitectura fundamental de un escenario de ultratumba y un viejo asombrado por los elementos que faltaban en él. Le sucedieron los árboles, cuya ausencia dejaba aún más vacías las avenidas de esta ciudad de muertos. No mucho después desaparecieron las columnas de nichos y, descubrí, los muertos en ellos.

Sobrecogido, dejé caer el periódico que tenía conmigo y de forma automática lo levanté. Habían desaparecido de él las letras. Me sorprendió la rapidez con la que olvidé lo que había estado escrito en sus páginas, lo que nunca más sabría qué fue, advertencias de su pasado que no alcanzaría ya a leer de ellas. El dolor en las imágenes perdió contexto. Ahora cualquiera dirá que estuvo bien, pensé. Porque, claro, ahora que la vergüenza ha desaparecido, y la verdad, ocupará su lugar el descaro de decir que los crímenes pasados no fueron malos, y la mentira que eso es. Hallé con horror que habían desaparecido algunos rostros en las fotografías y, luego, cuerpos completos. Evaporados, dejaban tras de sí perceptibles vacíos en la composición de cada imagen, abrazos vacíos, de madonas sin niño.

Caí en la cuenta de que había desaparecido todo de ellos: no solo sus rostros y sus figuras completas, sino quiénes eran... y sentí verdadero miedo de la soledad humana. En el vacío turbio y cada vez más oscuro en que se había convertido todo, comencé a dar zancadas desesperadas, frenético por encontrar a alguien. Llamé a los gritos a Beatriz y a las niñas, con más afán, sin éxito. Busqué a mis padres, a mis amigos, a quien fuera, a cualquier otro, a todos. Caminé y caminé, pero me vi solo.

No me importaba quién fuera, sino solo encontrar a alguien. No importaba que no me conociera, podría presentarme, decirle quién soy. Quién soy, me pregunté. Soy todos los hombres que olvidan, me respondí, y ven menguar, así, todo a su alrededor. Que ya no buscan y no son buscados. Que sucumben a las mentiras de otros, sus verdades medias, sus discursos descarados. Y pierden lo más valioso, desahuciados, desgraciados. Y cuando quieren recordar es tarde. Y es tarde también cuando el pasado se hace presente, otra vez. Porque cómo no va a ser el pasado un lugar mejor, si quitamos de él los horrores vividos. Pero así solo sabe regresar para verlos repetirse, subrepticio, reptando sigiloso hasta hacerse inexorable.

Soy todos los hombres que olvidan, pero no solo a mis desaparecidos y mis muertos, sino a los tuyos, quienquiera seas, y el dolor que hemos vivido, que compartimos. Porque es más fácil. Dios, cuán más fácil es. Gente que quiere olvidar, porque es más fácil que llevar a costas nuestro dolor y el dolor ajeno. Indolente gente que olvida, que olvida los horrores del pasado, y se condena a cometerlos de nuevo. Y con qué sino habrá luego de llenarse el vacío que deja lo que olvidamos hasta que desaparece. Con mentiras. Con descaro. Rehúye de los que mienten, no importa amigos o enemigos, de los que quieren llenar tu olvido con medias verdaderas o completas mentiras,

falsos, y hacer héroes de quienes fueron villanos. Pero para darte cuenta necesitas recordar. Recuerda.

Me aplastó el horror al recordar que habían desaparecido a la mayor de mis dos niñas. Beatriz, supliqué por dentro, mientras avanzaba por ese espacio vacío, no sueltes a la otra, que no desaparezca ella también. La vamos a encontrar, no llores. Por qué a ella, mi Leticia. Si tiene apenas algo más de un año. Es una cosita tan pequeña, tan suave, que confundida se refiere a sí misma como tú, señalándose con un dedito diminuto, porque no entiende todavía de pronombres.

No, recordé. De eso hace mucho, toda una vida. Era una mujer adulta cuando se la llevaron, de ojos negros, brillantes, y sonrisa abierta. El perdón del mundo entero cabía en su sonrisa. Era una mujer adulta cuando se la llevaron, no sabemos dónde.

Beatriz. Recordé entonces su dolor al saber desaparecida a una de las nuestras, y lo que causó en ella. La injusticia de verla morir así, desesperada, sin ver de regreso a nuestra niña. Grité. A mí, Dios, rogué. Por qué a ellas. Por qué ellas deberían sufrir. Me arrepentí de haber llegado allí. Rogué por volver al lugar del que me fui, y enfrentar el dolor del que terminé huyendo. Desesperado, llevé los puños contra mi cara, contra mi cabeza, al recordar, por fin, qué hacía ahí. Supe que, a pesar de lo mucho que quería marcharme, al final realmente no me había movido un solo paso fuera de aquel horror. Llevé los puños contra mi garganta, contra mi pecho, desesperado por sentir un dolor diferente. Dios, mátame. Quiero irme con ellas, rogué como un niño, olvidando a la más pequeña.

Levanté la vista al cielo y, al bajarla, me di cuenta de que mis pasos me habían devuelto al inicio, cerca de donde se levantaba una cripta de héroes de la que nacían columnas con nichos. Mantuve la mirada fija por un instante, aferrándome al momento presente. Por un segundo, aparté la vista de su cúpula y supe, entonces, que estaba perdido. Miré alrededor. Las tinieblas habían devorado ya aquella ciudad de ultratumba. Retorcidos árboles de magros troncos y ramas huérfanas de hojas se levantaban en las avenidas formadas por columnas de nichos que se proyectaban desde una cripta de héroes, al centro, escuálidas sombras fantasmales. También polvoriento, también lúgubre, aunque menos convulsa, una réplica a escala de la ciudad afuera, de habitantes quietos y silenciosos, asustados, el lugar al que llega a morir el breve ruido que emerge de un silencio eterno. Tenía sed. Avancé con lentitud por el lugar, como adormecido. Llamé con voz seca a mi mujer, a mis niñas. No hubo respuesta.

Caminé perdido, sin consciencia de cuánto tiempo transcurría y, de pronto, vi sentada sobre una banca una delicada figura de belleza celeste, vestida de negro, con la cara enterrada entre las manos y los hombros sacudidos por el llanto. Poco más de treinta años, acaso, en el mediodía de su

vida. Estaba trabajosamente iluminada por débiles luces que llegaban desde los faroles más próximos. La pureza de su dolor era tan bella que no pude recordar por qué estaba ahí. Avancé hacia ella. Me acerqué lo suficiente, pero no se dio cuenta, doblada sobre sí misma.

Alcé una mano hacia su hombro sin tocarla, con cuidado de no asustarla. Quise presentarme a ella. Decirle soy todos los hombres que olvidan, que alguna vez fui profesor de historia en la universidad, pero hace tanto tiempo ya, que es tarde y eso ya no importa más, no aquí, donde todo se ha perdido. Quise decirle soy todos los hombres que olvidan y contarle aquello que había pensado mientras estuve solo, preguntarle por lo desaparecido... pero no pude recordar nada entonces, lo había olvidado todo.

Levantó la mirada dolorida. Por un segundo, su semblante brilló, acaso por el alivio de también verse acompañada. Está, usted, bien, le pregunté. En una fracción de segundo, volvió a romper en llanto, enterrando otra vez la cara entre las manos. Temblorosa levantó una mano hacia mí, aunque sin tocarme realmente, en un reflejo de mi propio movimiento, un movimiento paralelo al mío. Permanecimos con las manos levantadas hacia el otro. Necesita ayuda, le pregunté. Sus hombros se sacudieron en un llanto aún más convulso. Retrocedí asustado. No, suplicó con pavor, no me dejes. Levantó la mirada una vez más, conteniéndose, y torpemente se secó las lágrimas con el dorso de la mano. No se vaya, por favor. Nos conocemos, le pregunté. Esforzó una sonrisa sin poder contener que se rebalsasen las lágrimas que todavía llenaban sus ojos. Me senté a su lado. Aunque adolorida, su mirada era insondable. Recostó su cabeza sobre mi hombro. Cuénteme, le pedí. Con la voz rota, me contó que su madre había muerto el día anterior. Su mirada alzó vuelo por unos segundos y aterrizó frente a nuestros pies. En la tarde la sepultamos, me dijo. La ironía me tomó desprevenido al descubrir la obiedad de en dónde estábamos. Dónde si no iba a encontrarme yo a un ángel tan acongojado. Le dije lo mucho que lo sentía, que seguro había sido una gran mujer, viendo el dolor de su tierna hija. Creí que había perdido a alguien más, me dijo con indescifrable cautela en el tono de la voz. Se quedó en silencio por un segundo. Eso me habría, comenzó, pero se interrumpió. No sé qué habría pasado, volvió a interrumpirse. Es difícil, exhaló, y volvió a llorar. Acaricié su cabeza con mucho cuidado. Y me da miedo pensar que, se detuvo, intentando recomponerse. Pero me equivoqué, terminó. Nos quedamos en silencio unos instantes. Me miró con esos ojos suyos indescifrables pero tristes. Sus labios se curvaron en una valiente sonrisa. Ahora me siento menos sola con usted.

Quise decirle que no estaba sola, que la entendía, que la acompañaba, pero pudo más en mí la preocupación por Beatriz y por las niñas. Le expliqué que no podía encontrarlas desde hacía rato. Le di sus señas y le pregunté si las había visto. Volvió a llorar y me tomó de las manos. Me dijo que no,

pero que no me preocupara, que las buscaríamos juntos. Desde su soledad me ofreció consuelo para la mía.

— ¡Ahí está! ¡Lo encontraste! — un grito de alivio se escuchó, lejano, a sus espaldas.

Padre e hija volvieron las cabezas, sorprendidos.

A lo lejos, se acercaban a ellos tres sombras. Trabajosamente iluminados por los faroles al pasar bajo ellos, emergían de la oscuridad. Volvían a transformarse en sombras. Volvían a emerger de la oscuridad. Caminaban con afán hacia ellos su yerno, nieta en brazos, acompañados por el vigilante del cementerio, con semblante serio, pero visiblemente aliviado.

Sofía miró a su padre y, con una mano sobre el hombro, le pidió que la esperara, que no se fuera. Se encontraron los cuatro a medio camino, sin perder de vista al anciano sentado sobre la banca. Sofía se secaba las lágrimas y alzaba las manos de forma tranquilizadora. Explicó en voz baja que su padre había aparecido caminando hacía unos minutos, desde su derecha, y que se acercó él mismo mientras ella estaba en la banca. Se miraron todos confundidos, pero aliviados. La última vez, más temprano, lo habían visto andar en la dirección contraria.

Su esposo agradeció al guardia con un apretón de manos y le dijo que se irían ya. Que sí, que hacía rato habían cerrado, que lo tenían en cuenta, que gracias por su paciencia. El guardia les pidió que no demoraran y volvió hacia su caseta en la entrada.

Sofía exhaló cuando se hubieron quedado solos y rodeó a su esposo con los brazos, con alivio.

— No... no le digas nada, por favor. No se acuerda. No sabe dónde está.

Su esposo asintió. La pequeña gorjeaba y jugaba con sus manitas. Alargó su figurita buscando los brazos de su madre. Sofía extendió los suyos y la recibió con una caricia sobre su nariz.

— Está preguntando por mi mamá, por nosotras... — continuó, con la voz rota —. No sé qué decirle, cree que todavía somos niñas.

Ambos mantenían las miradas fijas en el anciano, que miraba alrededor como perdido, buscando entre las sombras. Se acercaron a él lentamente. Sofía inhaló profundo y se llevó una mano a la frente. Se detuvo algunos pasos antes de llegar donde su padre.

— Dios... — exhaló, con la mirada perdida en sus pensamientos, en sus ojos brillaban lágrimas —. Ayúdame... No quiero que él también se muera... ya está muy viejo... Si se entera...

Su esposo la abrazó.

Regresaron los tres a la banca. Visiblemente más tranquila, y con cuidado de no decir sus nombres, presentó al anciano a su yerno y nieta. Con

mucha paciencia, agradecieron su amabilidad con aquella muchacha que lloraba triste sobre la banca y le aseguraron que le ayudarían a buscar a su esposa e hijas.

Un rato después, iban los cuatro en camino de su casa, sorteando a la muerte en aquella ciudad de ultratumba, minada en cada esquina. Las figuras en las avenidas se deslizaban difuminadas afuera de las ventanas, convertidas en meras sombras. Su yerno quitó una mano del volante y prendió la radio.

—...que... han lanzado un comunicado... oficial —decía una voz noticiosa al otro lado de la radio, atropellándose—. Esto ya es confirmado, ciento por ciento. Ah... Se ha pasado en televisión hace cuestión de veinte minutos... quizás un poquito más... una reorganización, total, del Congreso de la República... y... algunas cosas más... No sé si hasta cierto punto se suspenden las garantías, pero es posible que ello ocurra... Doce, cero, cero horas...

—Ay, no —pidió su hija en un susurro, desde atrás, acurrucando a la bebé en brazos—. Por favor, apaga eso. Más bien... —lanzó una mirada nerviosa por su ventana—, volvamos rápido, mi vida, no vaya a ser que se pongan a explotar cosas los otros desadaptados... o sabe Dios...

Su yerno apagó la radio y lo miró, en el asiento al lado del conductor, alzando las cejas y con una graciosa mueca de la boca.

Cuando menos lo esperaron, ya estaban de regreso en casa. Fue necesario un poco más de paciencia para convencerle de bajar del auto, volviendo a asegurarle que irían juntos a por Beatriz y las niñas. Aunque al inicio reticente, aceptó. La menor de sus hijas le tendió entonces una mano para ayudarlo. Sin saberlo, el anciano tomó la mano de lo último precioso que le quedaba, y juntos avanzaron a casa.

Ernesto José Saavedra Bazán